

EL DR. ROIG Y RAVENTOS

SU VIDA CIENTIFICA Y PROFESIONAL *

Dr. DEXEUS FONT
(Académico Numerario)

José ROIG RAVENTÓS, nacido y educado en un ambiente de artistas, fue médico. La inclinación y decisión del futuro académico no son de sorprender si tratamos de reproducir el clima que se respiraba en el hogar paterno. Eran asiduos de la casa el Dr. D. Emerenciano ROIG y el Dr. ROBERT. El Dr. Emerenciano ROIG era el prototipo del médico consultor, con excelentes relaciones y poseedor de una clientela vasta y distinguida. No precisa evocar la gran figura del Dr. ROBERT, rayana a máxima altura durante años en la vida médica y política de nuestras tierras.

El contacto con estos hombres de excepción, ambos académicos, no hubiese sido acaso determinante en la elección de carrera si no hubiese existido algo más. Este algo más es su reducto familiar, decididamente abierto a lo bueno y a lo bello.

En éste se hablaba con toda seguridad elogiosamente de ROBERT y Emerenciano ROIG. En aquel piso de

Vía Layetana, repleto de obras de arte, José ROIG oyó ponderar los méritos de aquellos. Los jóvenes poseen antenas muy finas para captar los sentimientos de sus mayores y esta atmósfera de estima a los dos próceres caló hondo en el ánimo del futuro pediatra. Digamos de paso que una buena parte de la sensibilidad del médico se forja en los años de la adolescencia, al amparo de la visión de los familiares. No es indiferente la faceta que mayormente se estima en la futura actividad del hijo. Cuando es especialmente el lado utilitario el ponderado, la marca puede ser indeleble. En el caso de ROIG R. la coyuntura fue fructífera. El buen ejemplo recayó sobre un terreno excepcionalmente bien dispuesto.

Mi amigo y Maestro estudió en nuestra Facultad, instalada entonces en el Hospital de la Santa Cruz, en estos mismos terrenos que nos son contiguos. Fue alumno brillante y aprovechado.

(*) Leído en la Sesión extraordinaria, Necrológica, del 10 de noviembre de 1968.

Se inclinó hacia el ejercicio de la Pediatría que, en los primeros decenios de este siglo, andaba muy frecuentemente unida a la Tocología. Influyó en esta orientación el haber obtenido una plaza de médico de número en la entonces llamada Casa da Maternidad y Expósitos. Habiendo conocido el ambiente quince años más tarde comprendí la gran fuente de conocimientos que le significó este cargo. Existían dos grandes enfermerías que estaban siempre ocupadas. Cuando sobrevenía una epidemia de gripe o sarampión los niños morían en proporción aterradora. En más de una ocasión pude oír de labios de ROIG el desconsuelo que producía la aparición de la gastroenteritis, devastadora en términos inimaginables para los pediatras de las generaciones actuales. En aquellas circunstancias se multiplicaba, se instalaba en la Casa y luchaba a brazo partido. Esfuerzo digno de mejor suerte, del que se obtenían muy pocos frutos, pero sí la satisfacción del deber cumplido.

Cuando le conocí de médico de número en la Maternidad estaba ya en la Sección de Tocología. Por aquellos tiempos se había perfilado ya definitivamente la separación entre Pediatría y Tocología. ROIG, con fina intuición, comprendió pronto la necesidad de incorporarse con decisión a una de las dos actividades. Renunció a la Obstetricia. Hago constar que ello tiene su mérito, puesto que, tras una estancia prolongada en Pa-

rís en el Servicio de Bonnaire, había conseguido ser un obstetra consumado. Dejó una clientela nutrida de madres y se pasó al campo pediátrico.

ROIG, maestro. Daba lo que poseía. Enseñaba lo que sabía. Su magisterio no se ejercía desde una tribuna y su auditorio no era una multitud de estudiantes. El alumnado era una sola persona, el médico de guardia exclusivamente, pues el reglamento de la Casa no permitía el acceso de gente no afectada al Servicio y menos de alumnos. Pero a este alumno único, le ofrecía un trato de excepción. Le animaba a estudiar, le ofrecía en la cabecera de las enfermas los frutos de su experiencia, le entrenaba en la realización de operaciones obstétricas sobre el maniquí. Y cuando llegaba el momento de la verdad, si precisaba realizar alguna maniobra y no contaba con la seguridad del discípulo, dejaba de lado sus quehaceres, de día o de noche. Y se personaba en la Maternidad para ayudar al vacilante neófito.

Ló que precede es digno de sendos elogios. La relación a establecer entre maestro y discípulo tenía en su caso caracteres especiales cuando a sus altas cualidades de médico y de técnico se aunaban sus dotes humanas. Recuerdo que en más de una ocasión me susurró: «He estado en el Clínico para ver a Fulano realizar una pelvitomía» Maravillosa lección de modestia. Su impermeabilidad a la vanidad era total.

Cuando el interno no regresaba muy puntualmente a su guardia, disimulaba su conocimiento del retraso e incitaba a la puntualidad, sin el más leve asomo de mortificación. No había lugar a la reincidencia.

Pediatra en ejercicio. Tuvo que atender durante años una vasta clientela. Su estampa era conocida de clientes y compañeros. Sentado siempre al lado de su fiel mecánico, Juan, recorría la ciudad de punta a punta. Era madrugador. Tras su cotidiana visita a la iglesia, y una frugal colación, salía a la calle con una nutrida lista de pequeños pacientes que precisaba ver antes de que cerrara la mañana. Aprovechaba su tiempo al minuto. No hacía nunca antesala. Pedía en voz alta permiso para entrar y se adentraba en la casa hasta la habitación del pequeño. Rápido en lo que no era fundamental, era, por el contrario, meticoloso al extremo en el examen clínico. Las madres le tenían en manifiesta estima y los niños le querían. Para éstos disponía siempre de unos minutos para narrarles un cuento o conversar con ellos alegremente. Los clásicos forcejeos entre pediatra y paciente no formaban parte de su programa. El hecho es tanto más notable y digno de consideración cuanto que ROIG RAVENTÓS con su físico imponente parecía tener que impresionar a los pequeños. Pero él sonreía mucho y sabía reírse y entonces su cara se iluminaba y sus ojos chispeaban, irradiando una con-

tagiosa simpatía. Los niños saben bucear dentro del alma adulta y descubren a aquellos que les quieren.

El publicista. Su labor escrita y en congresos y conferencias fue dual, obstétrica y pediátrica. Al estallar nuestra contienda había publicado 66 trabajos, de los cuales 17 eran obstétricos. Entre estos últimos los hubo dedicados a la circulación y secreción del líquido amniótico, tema que más adelante ha sido estudiado reiteradamente. Percibió con antelación sobre otros estudiosos el papel que podían jugar las membranas ovulares y el citado líquido en la regulación metabólica entre feto y madre. Señalemos también el éxito alcanzado por algunos de sus trabajos de divulgación, especialmente por «El problema del infant» y «Nociones de Maternología». De estas últimas, se han hecho diez ediciones. El lenguaje llano y sencillo favorecieron su difusión. Sus facilidades literarias seguramente le sirvieron mucho en esta actividad de proselitismo. Hoy este estilo se ha copiado mucho, pero cuando apareció la primera edición constituyó una sorpresa, no desprovista de audacia.

El académico. ROIG Y RAVENTÓS ingresó como Miembro numerario en esta Real Academia el 24 de abril de 1921. En su discurso de ingreso, es la nota dominante el recuerdo fervoroso que tributa a sus parientes ya aludidos antes, los señores

Bartolomé Robert y Emerenciano Roig. Siento la necesidad de transcribir íntegras unas pocas frases de su discurso que señalan inconvertiblemente su estado de espíritu en aquel día.

Dice así: «Tiempo ha, llevo prometida la misma medalla que ostentó en calidad de académico mi inolvidable doctor Roig, si podía, como él, llegar a ser admitido en este ambiente de ciencia y de seriedad. Vuestras bondades, así lo han permitido. He ahí la medalla que por largo tiempo ha permanecido en la austera obscuridad de un estuche cerrado. Dios quiera que al salir de nuevo a la vida y al sentir el ritmo de mi pecho, no sienta la añoranza de los años de obscuridad, temblorosa y profanada». Con estas palabras Roig dio y sigue dando un gran ejemplo de su enorme simplicidad y de amor a nuestra Corporación».

Su discurso inaugural versó sobre: Barcelona, ciudad cardiorrenal. Le contestó el doctor VALENTÍN CARULLA. Glosó las dificultades con que tropezaba su querida ciudad en una crisis de crecimiento que todavía hoy persiste, si no se ha agravado ostensiblemente. La compara-

ba a un enfermo de corazón con sus disturbios múltiples que encontraban paralelismo en las taras urbanas entonces incipientes, pero no por ello menos dolorosas.

Contribuyó a la vida científica de la Institución con sus trabajos. Son recordadas sendas comunicaciones suyas sobre escorbuto infantil y profilaxis de la difteria. Merece citarse un trabajo suyo sobre lúes serológica, publicado en los Anales de la Academia en enero del año 1935. Es una valiosa aportación a las supuestas excepciones a las leyes de Colles y Profeta, entonces en pleno debate.

Fue elegido vicepresidente en el mes de diciembre de 1948 y reelegido en el 1954, cargo que ocupó hasta el 1958.

Murió el 25 de agosto de 1966. Llevaba más de dos años enfermo y retirado totalmente de la vida profesional. Fue en un día de mucho sol. Acababa de decir adiós a un grupo de familiares con su sonrisa de siempre. Su ángel le llevó raudo.

Gran médico, ilustre académico. Los que hemos estado en contacto con él y le debemos mucho, confiamos en ver perdurado en nuestras mentes y corazones el ejemplo que su vida nos representa.